

**NUESTRA
TRISTEZA SE
CONVERTIRA
EN GOZO**



NUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRA EN GOZO

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

Diciembre 2015

5,000 Ejemplares

NUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRA EN GOZO

Es Jesús quien nos ha hecho una Promesa, y a cada momento debemos recordar esa Promesa, “verdadera y grande”, que Cristo nos hace.

Las Palabras de Jesús son para esta vida y la Promesa, quisiera yo decirles: Que nunca la falta de fe, nunca dejar de creer en Cristo y así podrá ser el hombre mejor y más feliz, siempre la fe nos va a fortalecer, como en el caso que muchos de ustedes están viviendo ante la muerte de un ser querido.





Jesús nos pone un ejemplo muy sencillo, un ejemplo de los dolores del parto, ese miedo, es un sufrimiento que puede acompañar a dar a luz, sin embargo, esos momentos se convierten en gozo después

del parto.

Jesús nos pone esa comparación y les dice a sus Apóstoles: “Ustedes se van a poner tristes porque Yo voy a la Cruz, se van a llenar de miedo, pero luego su tristeza se transformará en gozo”. Los Apóstoles huyeron, se llenaron de miedo ante la persecución de los Judíos, pero al verlo resucitado se llenaron de gozo, que nada se los podía quitar.



Dice el Evangelio: Que no sólo se llenaron de gozo, si no que se sintieron felices de sufrir y al predicar el Evangelio sufrían por una causa válida y San Pablo nos decía: “Abundo en gozo profundo en medio de mis tribulaciones”

Cristo pues, nos dice: “Que nuestra tristeza se convierte

en gozo” y Yo pienso, también, que esa palabra nos dice: Si supieran el gozo en que me encuentro, no me compadecerían, hay un abismo infinito entre esas alegrías de las que queremos llenarnos, porque se nos esfuman como el agua de entre los dedos y las que Cristo nos quiere dar. Nadie se las podrá quitar y esto es muy cierto. La Escritura jamás nos dice que después de la Resurrección de Cristo, después de Pentecostés vivieron tristes su vida Apostólica.



Llenémonos de esa Palabra de Cristo y preguntémosnos si ese contacto con Cristo es la fuente más segura de mis alegrías y si éstas vienen sólo de unos acontecimientos temporales. Si mis Eucaristías no son para mí esa fuente, es que todavía no he sido dado a la Luz, a la vida Cristiana, a la verdadera fe, a la vida en Cristo.

Que estas Palabras de Jesús nos sirvan para vivir con su Fe, porque saben en quien han depositado su confianza, Él que venció a la muerte, resucitando y estando a la derecha del Padre.

En Él que ofrece su vida, felicidad que nada ni nadie nos podrá arrebatarse aquí en la tierra, en la medida que vivamos cerca de Dios y en la vida eterna en el encuentro que tengamos cara a cara con Dios.

Y esto es lo que Cristo ofrece.

NUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRÁ EN GOZO

Cristo, vino al mundo para comunicarnos de parte de su Padre Dios, la gran promesa de que el que creyera en su Palabra alcanzaría la eterna Bienaventuranza.



Y es ésta aliciente verdad, la que nos entusiasma a cumplir sus mandamientos y preparar nuestra vida para recibir su misericordia infinita.

Creer en la promesa de Dios, es ya fuente suprema de la posesión de todo aquello que nos ha prometido, porque Él es la Verdad y no puede engañarse, ni engañarnos y siempre será fiel a su promesa.

Además, es su infinito amor el que nos ha conquistado el gozo de poder alegrarnos, por toda la eternidad, en compañía de Dios, que es nuestro Padre, en la alegría que nos brinda el Espíritu Santo, y en compañía de todos los bienaventurados que estarán disfrutando los méritos que Cristo, nuestro Redentor nos ha conquistado.

Será ahí, en donde recibiremos, de manera especial, las maternales caricias de nuestra Madre de Cristo y también, verdaderamente, Madre nuestra espiritual.

Esta enunciación de pensamientos, son los que iluminan en nuestra vida esos momentos, que tomados en toda su

rigurosa dimensión humana, nos entristecen humanamente, cuando sentimos la ausencia física, ante la muerte de un ser querido, pero, que bajo la luz de Dios, y la Fuerza del Espíritu Santo, podemos entusiasmarnos a vivirlos, agradeciéndole a Dios todas las gracias que su Bondad y Misericordia derramaron en la vida de nuestros seres queridos, que se nos han adelantaron en el camino de la vida y que se han ido cerca de Dios para rogar por nosotros y prepararnos nuestro definitivo lugar en el Reino de los cielos.

La Iglesia, en nombre de Dios, tiene siempre para nosotros, su Palabra, que es Luz, que es Fuerza, que es Esperanza que no defrauda, que es Confianza, que nos penetra hasta lo más profundo de nuestro espíritu y ahí produce esa inefable experiencia, de que no estamos solos en esos momentos de aflicción, sino, que es su poderosa asistencia ese bálsamo que curará nuestra herida y cambiará en consuelo espiritual nuestra pena.

LAS EXIGENCIAS DE LA FE

Misteriosos los caminos del perfeccionamiento del desarrollo de la fe.

La fe, por su propia naturaleza, exige en el creyente, un despojamiento, que lo lleva al molesto hecho de



arrebatarse esa seguridad y firmeza, que ofrece toda acción sensorial.

La fe, es afirmación firme de aceptar la verdad que se nos propone, aunque no veamos, ni verifiquemos materialmente la verdad que se nos ofrece como objeto de nuestra credibilidad.

La fe, nos arroja en un mar de incertidumbre, en donde

nuestros sentidos corporales no alcanzan a tener la seguridad absoluta de lo que normalmente comprobamos en un actuar humano.

Así, por ejemplo, ante el hecho concreto de la separación temporal de la ausencia de un ser querido. Experimentamos vivamente su ausencia. Su recuerdo viene constantemente a nuestra mente. Quisiéramos volver a ver físicamente a la persona amada, pero, esto ya es imposible. Quisiéramos escuchar su voz, experimentar su cálida presencia, y vemos cómo todos nuestros esfuerzos quedan defraudados.

Es el momento, en el que la Palabra de Cristo, aceptada y vivida en la fe, se transforma en un faro luminoso, que nos guía a puerto seguro, en esa confianza de Aquel que nos afirmó: “Yo, soy la Verdad y la Vida. El que cree en mi, vivirá para siempre”.

Y Cristo, no únicamente afirmó esta trascendente verdad, que supera todo poder humano, y todo noble deseo.

Cristo aseguró, que Él era la Vida y que la poseía en abundancia, que para esto había venido al mundo. Y pronunció palabras de vida, y ofreció un Pan, que el que lo comía aseguraba una existencia eterna.

Pero, más aún, Cristo alivió las carnes podridas de los leprosos, y devolvió la luz a los ciegos de nacimiento, y encendió la lámpara de aquellos corazones congelados. Cristo tuvo la valentía y el gozo de resucitar a los mismos muertos. Tan sólo porque Él era la Vida y podía participarla generosamente.

Cristo es Nuestro Salvador. Dios omnipotente. Que tiene todo el derecho de exigirnos, que creamos en Él y en su omnipotencia. Y nos veremos recompensados, experimentando los frutos de su misericordioso amor. Y el gozo de haber creído en Aquel que lo puede todo.

Tal es el poder de la fe, que Cristo afirmó, que, el que tiene este don podrá mover montes y convertir los corazones más rebeldes... Porque, para que el que pone su confianza en Dios, nada es imposible para su omnipotencia divina.

Ante el problema de la muerte, ¡Qué provechoso para el que cree, abandonarse con plena confianza en los brazos amorosos, de Dios, que sabrá recompensar la fe que hemos depositado en su Promesa!

ESPERANDO CONTRA TODA ESPERANZA



La vida cristiana es una larga espera, que concluye en el cielo, cuando las Promesas de la Misericordia de Dios colmen de gozo santo los anhelos del

hombre, que quiere gozar para siempre, y de manera indefectible, la eterna bienaventuranza, que Dios le ha prometido.

Alcanzar el Gozo de Dios y vivirlo eternamente... esto es totalmente imposible para las fuerzas humanas, así se trate de aspirar a los más nobles anhelos y de lograr la máxima felicidad.

Sin embargo, es la omnipotencia de Dios la que ofreció participarnos de su riqueza infinita y compartirnos de su júbilo perfecto.

La vida cristiana es una constante superación y solamente los esforzados, son lo que la alcanzan, auxiliados por la omnipotencia divina.

El hombre, por naturaleza, es deficiente, limitado y es común, que experimente: el cansancio, la tendencia a abandonar la vida de esfuerzo.

San Pablo, ha sido un apóstol intrépido, audaz, que ha sufrido toda clase de insultos, tormentos, privaciones, persecuciones, naufragios, azotes, y otras calamidades más... Es un apóstol que ha sufrido por causa del Evangelio, aún las envidias de los falsos hermanos y de todos aquellos que buscaban hacerle mal.

Sin embargo, San Pablo es un testigo del Amor y del Poder de Cristo, que lo sostiene en medio de sus debilidades y limitaciones, y por eso, con toda confianza puede exclamar victorioso: "Todo lo puedo en aquel que

me conforta”. “Yo sé en quien he puesto mi confianza, y estoy plenamente seguro que no me defraudará”

Muchos mártires, momentos antes de su ejecución, cantaban de gozo, pues estaban seguros de que la Fuerza de Dios los asistiría en el momento supremo de su inmolación. Eran heroicos, con la Fuerza poderosa del mismo Dios. Así nos lo dejan escritos los martirios de Felicitas, Perpetua, Ignacio de Antioquía, San Lorenzo y muchos otros más.

La esperanza es la omnipotencia de Dios, que auxilia al hombre en todas sus necesidades y con una eficacia como solamente Dios puede lograrlo.

EL AMOR DE DIOS DERRAMÁNDOSE EN LA VIDA DEL CRISTIANO



Dios nos ha comunicado la excelencia de su Amor para que nosotros lo amemos con el mismo Amor con el que Él ama y se ama. Tal es la novedad de la suprema revelación, que nos comunicó

Cristo con su Palabra y su ejemplo.

Razón, por la que el cristiano, que está inflamado por el Fuego de la divina caridad, pueda superar todos los obstáculos que la vida le presenta, aún la terrible angustia de la misma muerte del ser más querido.

Porque, la muerte para el bautizado, es el momento de recibir todos aquellos méritos, que el Misterio Pascual de Cristo le ha conquistado. El triunfo del resucitado es la victoria del hombre rescatado. El triunfo de Cristo, es su propia Gloria.

Porque, así como el Padre de los cielos, con el Poder del Espíritu Santo, resucitó el Cuerpo mortal de Cristo y lo constituyó en el gozo sempiterno... Otro tanto, el Padre de los cielos, realizará con cada uno de sus amados hijos, a quienes ha ungido, santificado y colmado de bendiciones.

Por lo tanto, este momento de la muerte, que para muchos es motivo de profundo dolor, y un sufrimiento insoportable, para el cristiano, que vive bajo la acción de la luz transformante del ejercicio de las virtudes teologales, es el momento más feliz de toda su existencia, es el encuentro definitivo, del bautizado con el abrazo más cálido y amoroso de la Augusta Trinidad, y todos los bienaventurados que nos están aguardando en el gozo de Dios.

ORACIÓN FINAL

Padre de bondad y de misericordia infinita, que vives en la perfecta alegría en unión con el Verbo y el Espíritu Santo.

Tú que nos has llamado para participar de tu gozo, por toda la eternidad, filialmente te pedimos, que nos bendigas, para que también nosotros, disfrutemos en unión con la Virgen María y todos nuestros parientes y amigos, de esa felicidad de la que Tú eternamente disfrutas, y que has misericordiosamente querido compartirnos.

Te lo pedimos por los méritos que Cristo Nuestro Salvador alcanzó con el cumplimiento perfecto de tu divina voluntad.

